



SUSANA VIAU

LA REINA DE CORAZONES

NO ES MÁS QUE UN NAIPE DE LA BARAJA

Las columnas de la periodista que le arruinó los domingos a CFK



“La muerte de Susana Viau pone en duda mi añejo ateísmo: resulta inconcebible pensar que sus frases punzantes que ocultaban su ternura, la energía sobrehumana con la que llegó —trabajando— hasta pocas horas antes del final, se diluyan en la nada. Me lo digo y pienso, absurdamente, en su yo empírico, en *La Negra*, *La Petisa* como tal. Con sus inesperadas carcajadas de asombro ante un dato filosófico que le gustaba. Con sus confesiones puntuales, pudorosas sobre el enemigo que tenía adentro desde hace más de ocho años. Ese enemigo que parecía controlado por el coraje de Susana y se desbocó y la mató, justo un 24 de marzo. Para que coincidiera el cáncer personal con el cáncer histórico.

Tenía 68 años, pero tenía muchos más. Como tantos de nosotros había visto caer a los mejores compañeros en edad temprana. A los treinta años ya estaba colmada de fantasmas entrañables, como una abuela de ochenta.

La conocí antes de la tempestad, al comenzar los setenta, en *La Opinión* de Jacobo Timerman. Era una ardilla hiperkinética y troska que más de una vez polemizó con nosotros, los peronistas del Bloque de Prensa. La recuerdo discutiendo con la sombra grande de Rodolfo Walsh por una de esas cuestiones tácticas que nos llevaban horas de pasión y saliva. Y sé que Rodolfo hubiera podido decir de ella lo que Lenin dijo cuando murió Rosa Luxemburgo: ‘Teníamos diferencias y las discutimos pero era un águila, no un ave de corral’.”

MIGUEL BONASSO

PRÓLOGO

¿Qué diría Susana?

por Oscar Muiño

Ante cada decisión difícil, compleja, había una salida. Preguntarse: ¿qué va a decir Susana? Y si pensábamos que Susana iba a reprobarnos, uno no lo hacía, no lo decía.

Susana era la conciencia de todos nosotros.

No se podía hacer, por supuesto, lo que estaba mal. Nunca. Ni siquiera con la ley a favor. La Negra era la ética propiamente dicha, por encima de las leyes, del dinero, del poder. Aun por encima de las propias convicciones. Lo que estaba mal, estaba mal.

Arriesgaba su empleo, su tranquilidad y su vida. Recibió persecuciones y exilio. Nunca se jactó de eso ni pidió premios, reconocimiento, honores. Ni mucho menos dinero.

Por eso nunca quiso cobrar indemnización alguna por los bienes que perdió, la juventud que le robaron, la persecución, la pobreza del exilio, sobrevivir vendiendo joyería. “No hice lo que hice para cobrar una indemnización, sino porque creí que era lo correcto.”

La plata le importaba menos que poco. Salvo para ayudar a Enrique y María, aunque lo no necesitaran. Enrique hijo, porque Enrique padre, que fue el compañero de su vida, conoció también esa implacable decencia, esa conducta perfecta. Y hasta la sufrió de más, cuando Susana se duplicaba con Mónica Viau, tan distinta y tan parecida a su hermana.

Lo correcto era indiscutible. Así de firme era. Así de exigente. Con ella y con los demás.

Susana era un producto de la idea. Y era, también, una antorcha de la idea. Soñaba un Gobierno de la justicia y de virtud. Lo único decente que puede hacer una persona bien comida y algo leída. Para ella, la humanidad es una sola, despreciaba las geografías y desconfiaba del chovinismo. Su único lujo, en el que no negociaba, era el taxi. Detestaba el transporte público y creo que nunca viajó en colectivo. Ni en subte, que yo recuerde.

Si uno se mide por sus amigos, y también por sus enemigos, Susana elegía mal. Siempre el enemigo era enorme, de un tamaño mucho mayor. No le importaba. Más aún, creo que lo prefería. Una lucha desigual, de la chiquitita contra el gigante, contra la grandota. La lucha eterna: el débil contra el fuerte. Pero el débil que es indoblegable protegido por la convicción y la virtud.

La Negra siempre fue minoría. Y a veces, minoría de la minoría. No le molestaba. Casi que le divertía. Y desde que volvió del exilio, con la democracia recuperada, demostraba, una y otra vez, con sus vidas y sus escritos, con su conducta y su pasión, cuánto pueden mejorar las minorías la calidad de la convivencia. Le encantaban las causas perdidas. La oposición de izquierdas en la Unión Soviética, los republicanos españoles, los anarquistas.

También fue sindicalista. Aunque la palabra no le gustaba. *Militante sindical*, repetía. Y como militante sindi-

cal actuó en la Asociación de Periodistas de Buenos Aires, y después en la UTPBA, el mismo edificio al que llegaba muy joven, en el que habló, discutió, se enfureció, acordó, participó, denunció... Una y otra vez se iba, una y otra vez volvía. Era otra de sus casas, que la cobijó en su último adiós.

No era consciente del enorme prestigio que la había ido envolviendo. Se lo dijo Silvia Naishat, en este último verano, ya en la clínica. Susana miraba con incredulidad. Por única vez, no supo qué contestar. No sabía que se había ido convirtiendo, lentamente, en un modelo, tan silencioso como profundo. Sencillez ante el despilfarro insolente, ejemplo silencioso frente a la estridencia exhibicionista, bajo perfil frente a la autorreferencia. La verdad ante la mentira. Esos valores que ella consideraba inevitables, consustanciales a la persona y a la prensa.

Una periodista veterana que seguía compartiendo la curiosidad de los chicos y los novatos. *Che, ¿sabés lo que me dijeron?...* Y arrancaba, feliz de conocer secretos, de tirar de un hilo para develar las fechorías de los malvados. Susana desesperaba por entender y se zambullía hasta encontrar la prueba enmohecida, la cadena perdida.

Así como le sobraban virtudes, tenía los defectos de las conductas superiores: no aguantaba nada que le pareciera ligeramente impuro. Desconfiaba del pacto, cualquiera fuera. Era inflexible. Había que pelearse con ella. Tenía una idea sobrehumana en torno a nuestras posibilidades, de nuestras actitudes de pobres mortales. No era tolerable una aflojada, un cachito de claudicación, un poco de negociación.

Claro, uno podía mirar su vida, medio siglo sin un doblez. ¡¿Quién podía ser capaz de vivir medio siglo sin ceder nunca, sin buscar un pequeño remanso, sin una mancha?!

La generosidad de Susana lo abarcaba todo. La hospitalidad en su casa, la invitación a comer, sus datos secretos

para otros periodistas, sus opiniones para todos. Nunca nadie trabajó tan bien siendo al mismo tiempo tan poco avaro, tan poco competitivo.

El final la encontró llena del respeto que no se gana con un éxito fulgurante, con un golpe de mano o la audacia exitosa. El triunfo de la conducta y la perseverancia, del talento y la virtud.

Junto a la ética, la estética. *¡Qué bien escribe la Negra! ¿Viste lo que dijo Susana? Che, les pegó en el ala...* En los últimos años, los viernes y los sábados daban su recorrida para la nota del domingo. Se encrespaba si no conseguía validar con hechos sus hipótesis. Pero jamás escribió algo en lo que no creyera. El engaño le era ajeno. Despreciaba la manipulación y la sublevaba el canje de la comida por el alma.

Una testigo insobornable. Por lo tanto, una testigo insoportable para los que cedían, los que abandonaban, los que se vendieron.

Una comida de despedida, un par de domingos antes del fin. En su casa. Ya en silla de ruedas, con Mónica y con Enrique, con María y los Bonasso, con Ricardo y Ester, vivimos una última cena, la despedida. Y ella, ya con dolor y cansancio pero sin una queja: era dura la Negra. Pero también vital. Disfrutaba, se reía, se divertía. Seguía siendo la luchadora de siempre, desafiante y burlona. “Tengo el tumor, pero además del tumor tengo mi familia, tengo mis libros, tengo mis amigos, tengo los partidos de River. Tengo muchas cosas.”

Sí, Susana. Tenés muchas cosas. Y las seguís teniendo porque un pedazo tuyo sigue estando en la mejor parte de cada uno de nosotros. Esa parte que nos va a seguir interpelando, obligándonos a preguntarnos *qué diría Susana* ante cada tentación, ante cada duda.

Y eso lo llevaremos hasta que volvamos a encontrarnos, en algún lugar. Ella nos va a pedir cuentas y después de retornos, volveremos a la eterna tarea de seguir queriéndola y buscando, juntos, el camino para que las gentes sean mejores. Para que todos sean como ella.



En los años finales de una carrera que comenzó en la década del sesenta y en la que se lució como crítica de libros desenfadada, escritora clandestina de la izquierda e investigadora del poder que derribó ministros, Susana Viau (1945-2013) se recibió de columnista política, dando implacable testimonio de los dislates del kirchnerismo. *La Reina de Corazones* presenta una selección de esas columnas publicadas en el diario *Clarín*, en las que supo concentrar su carrera, su militancia política y su talento para revelarse como la pluma que mejor narró estos días inverosímiles.

“Cuando uno relee los textos de Susana Viau advierte que tienen todo lo que tienen que tener. Información, buena escritura, inteligencia argumental, humor. Dejan también entrever, sin alardes, el trasfondo de una mujer que parece haber visto todo el cine y leído toda la literatura. Pero su virtud principal está en otra parte. El mérito de Viau es haber volcado ese talento en un ejercicio crítico sobre los rasgos principales de esta década argentina dominada por los Kirchner. Viau pelea contra el secreto y contra la impostura. Y con el bisturí de la ironía, se especializa en mostrar al poder allí donde éste se ha vuelto idiota.”


CARLOS PAGNI

“Susana en su departamento del Parque del Retiro, en el exilio de Madrid. Susana en una magistral entrevista con Onetti. Susana en el 602, el bar de la esquina de *Página/12*, tentada, contando una anécdota. Susana y su hermana comiendo en casa de Omar y Margarita. Menuda, con ojos de pájaro, sagaz. Susana, ahora, en este libro. Le decíamos 'la Víau'. Y ninguna imagen la contiene del todo.”

JORGE LANATA

SUDAMERICANA

www.megustaleer.com.ar

 Editorial Sudamericana
Impreso en la Argentina

